

IV

Origen de las ideas.

Aquí está la gran tentación, debiera decir la gran conspiración de los filósofos; aquí también su castigo.

El principio, tan sencillo y luminoso, de que para conocer la razón de las cosas, es necesario, de toda necesidad, haberlas primero visto, no ha sido siempre, ¿querrá creerse? admitido en filosofía. Sin hablar de los muchos que aspiraban á sondar la naturaleza de las cosas, ha habido profundos pensadores que se han preguntado si el espíritu humano, tan sutil y tan vasto, no podría, por una concentrada meditación sobre

sí mismo, llegar á la inteligencia de la razón de las cosas, que no es más, después de todo, que la inteligencia de las leyes del espíritu; si el hombre que piensa no podría, para instruirse, prescindir de compulsar una naturaleza que no piensa; si un alma creada á imagen de Dios, supremo hacedor, no poseería, por su origen divino, y con anterioridad á su comunicación con el mundo, las ideas de las cosas, y tendría verdaderamente necesidad de la comprobación de los fenómenos para recobrar sus ideas, es decir, sus ejemplares eternos. Yo pienso, luego sé; *cogito, ergo cognosco*; hé aquí el principio de estos filósofos extra-espiritualistas. Nunca el cerebro de un hombre del pueblo habría imaginado quimera semejante. Interpretando algunos, allá á su manera, el dogma hiperfísico de la creación, han ido hasta suponer que las realidades exteriores son producto del pensamiento puro y el mundo una expresión del espíritu, bastando tener la plena posesión de la Idea, innata en el alma, aunque más ó menos oscurecida, para descubrir,

sin más, la razón y penetrar hasta la naturaleza del universo!

Esta manera de filosofar, que dispensaría de toda observación y de toda experiencia si hubiese sido justificada por el más pequeño éxito, sería, preciso es confesarlo, agradable y cómoda á más no poder. Ya no sería el filósofo ese laborioso explorador que gana el pan de su alma con el sudor de su frente, que está expuesto al error con omitir el más leve detalle, que goza de una comprensión escasa, y no obtiene frecuentemente sino probabilidades, en lugar de certidumbre, que muere muchas veces en la duda después de haber vivido en la aflicción de espíritu. Sería un visionario, un taumaturgo, un émulo de la Divinidad, que dispone soberanamente del pensamiento, por no decir de la facultad creadora, y lee de corrido los misterios del Cielo, de la Tierra y de la Humanidad, en el foco del pensamiento divino. Como se ve, no han faltado nunca pretensiones á los filósofos.

¿De dónde podía nacer esa presunción titánica?

Temprana aunque confusamente se había ya sentido lo que la filosofía observadora esclareció más tarde, á saber, que en la formación de las ideas, no da razón de todo la percepción de los fenómenos; que el entendimiento, por su constitución propia, juega en ella su papel; que en esas concepciones, el alma no es exclusivamente pasiva, ántes recibiendo de fuera las imágenes ó impresiones, obra sobre ellas y hace de ellas brotar las ideas; de suerte que en mucho, si no en todo, el desarrollo de las ideas, ó el descubrimiento de la verdad, pertenece al espíritu.

Había pues, en el alma, se decía, como moldes de ideas, como ideas arquetipos, anteriores á toda observación de los fenómenos: ¿cuáles eran estas ideas? ¿Podía reconocérselas entre la multitud de las más ó menos empíricas, en que imprimía el entendimiento su sello? ¿Cómo distinguir el patrimonio del espíritu de sus adquisiciones? Si algo, en el saber, le pertenecía, ¿por qué no todo? ¿No se estaba en el derecho de suponer que, si poseyendo el espíritu los principios innatos de las cosas, no

avanzaba en la ciencia sino apoyado en una observacion penosa, era efecto de la union heteróclita del alma y del cuerpo, union en la que, ofuscada por la materia, la sustancia etérea habia perdido la mayor parte de su ciencia y su penetracion, no guardando memoria sino de los principios fundamentales que formaban su armazon y su propiedad? Otros atribuian el oscurecimiento de la inteligencia al pecado original. Segun ellos, el hombre, por haber querido probar, contra el mandato divino, el fruto de la ciencia, se habia cegado. Persuadiéronse entónces todos de que, con una buena disciplina mental y el socorro del Espíritu de luz, se podia restituir el alma humana al goce de sus altas é inmortales prerogativas, y hacerle producir la ciencia sin ninguna imbibicion de la experiencia, sólo por la energía de su naturaleza, y en virtud del ya citado axioma: yo soy hija de Dios, yo pienso, luego sé.

¿Qué habia en el fondo de todo esto? Un pensamiento satánico de dominacion: porque, es preciso desengañarse, el privilegio del

saber y el orgullo del genio, son los más implacables enemigos de la igualdad. Está hoy sin embargo averiguado, que la ciencia humana no se ha enriquecido con el más pequeño hecho ni idea por este procedimiento exclusivamente neumático. Nada ha servido: ni metafísica, ni dialéctica, ni teoría de lo absoluto, ni revelacion, ni éxtasis, ni magnetismo, ni magia, ni teurgia, ni catalepsia, ni ventrilóquia, ni piedra filosofal, ni mesas giratorias. Todo lo que sabemos, lo hemos aprendido; y los místicos, los iluminados, los sonámbulos, los espíritus mismos que les hablan, lo han aprendido á su vez por los medios generales, observacion, experiencia, reflexion, cálculo, análisis y síntesis; sin duda alguna, celoso Dios de su obra, quiso mantener el derecho que habia promulgado, á saber: que nada veríamos con los ojos del espíritu sino por el intermedio de los ojos del cuerpo, y que todo lo que pretendiéramos ver de otra manera no sería más que error y artificio del infierno. No hay ni ciencia oculta, ni filosofía trascendental, ni almas privile-

giadas, ni genios adivinadores, ni *mediums* entre la sabiduría infinita y el sentido comun de los mortales. La hechicería y la magia, antiguamente perseguidas por los tribunales, se han disipado á la luz de la filosofía experimental; la ciencia astronómica, no comenzó sino el dia en que Copérnico, Newton, Galileo, dieron un adios eterno á la astrología. La metafísica de lo ideal no ha enseñado cosa alguna á Fichte, á Schelling, á Hégel: cuando estos hombres, con quienes tanto se honra la filosofía, pensaban deducir *à priori*, sintetizaban, sin saberlo, la experiencia. Filosofando á más altura que sus antecesores, han ensanchado los horizontes de la ciencia: lo absoluto, por sí solo, nada ha producido; llevado ante el tribunal correccional, ha sido silbado como estafador. En moral, el misticismo, el quietismo, el ascetismo han conducido á las más repugnantes torpezas. El mismo Cristo, Verbo hecho carne, nada nuevo ha enseñado á la conciencia; y la teología entera, detenidamente estudiada, se ha visto en último resultado que no

era, por su propia confesion, sino una fantasmagoría del alma humana, de sus operaciones y virtudes, la libertad, la justicia, el amor, la ciencia, el progreso.

De grado ó por fuerza, es preciso atenerse al método vulgar, y proclamar, de corazon y de boca, la democracia de las inteligencias; y pues en este momento se trata del origen y la formación de nuestras ideas, buscar la razon de las ideas, como de todo lo demas, en la observacion y el análisis.

V

La metafísica pertenece á la instruccion primaria.

La definicion de la filosofia implica en sus terminos: 1.º Alguien que indaga, observa, analiza, sintetiza y descubre, y se llama el *Sugeto* ó el *Yo*. 2.º Algo que es observado, analizado, algo cuya razon se indaga, y se llama el *Objeto* ó el *No-yo*.

El primero, el observador, el sugeto, el yo, el espíritu, es activo; lo segundo, la cosa observada, el objeto, el no-yo, el fenómeno, es pasivo. No nos asusten las palabras: esto quiere decir, que el uno es el artesano de la idea, y lo otro suministra la materia. No

hay estatua sin escultor, esto es muy sencillo, ¿no es cierto? Mas tampoco estatua sin mármol, esto es tambien evidente. Pues bien; así sucede con las ideas. Suprimid uno ú otro de esos dos elementos, el sugeto ó el objeto, y no hay idea, no hay ciencia. La filosofia desaparece. Suprimid el pedazo de mármol ó el escultor, y no hay estatua posible. Sucede lo mismo con toda produccion artística ó industrial. Suprimid el obrero, y os quedareis eternamente con vuestra primera materia; quitad al obrero sus materiales y decidle que produzca algo por solo su pensamiento, y creará que os burlais de él.

Sin embargo, en este concurso ú oposicion del sugeto y del objeto, del espíritu y la materia, se desea saber de una manera más concreta cuál es el papel de cada cual; en qué consiste la accion del espíritu, de qué especie son los materiales que utiliza.

El espíritu ó el yo es, á lo ménos procede y por tanto se afirma, como naturaleza simple é indivisible, y por consiguiente, como lo más penetrante é impenetrable que hay, lo más

activo y ménos corruptible, lo más rápido y ménos sujeto á cambio. Las cosas, al contrario, aparecen extensas y compuestas, y por consiguiente, divisibles, sucesivas, penetrables, variables, sujetas á disolucion, susceptibles de más ó de ménos en todas sus cualidades y propiedades.

Parece á primera vista inexplicable cómo, puesto en relacion con los objetos exteriores por el intermedio de los sentidos, puede percibir el espíritu una naturaleza tan distinta de la suya. ¿Lo simple puede ver lo compuesto? Repugna creerlo. Reflexionando, sin embargo, se viene á reconocer, que es precisamente esta diferencia de naturaleza lo que hace los objetos perceptibles al espíritu y se los somete. Porque el espíritu, fijémonos bien en ello, los ve, no en su sustancia, que él no puede concebir de otro modo que como simple (atomística), á semejanza de sí mismo, y por consiguiente se le escapan; los ve en su composicion y en sus diferencias. La intuicion del espíritu, su accion sobre los objetos, dependen de dos causas: en razon de su ca-

rácter agudo y penetrante, los divide y los diferencia hasta lo infinito; en razon de su sencillez, reduce á la unidad todas estas diversidades. Lo que el espíritu ve en las cosas, son sus diferencias, especies, series, grupos, en una palabra, su *razon*; y las ve porque es espíritu, porque es simple en su esencia. Lo que el espíritu no alcanzaria á descubrir, es la naturaleza ó el sér de las cosas; porque esta naturaleza, despojada de sus diferencias, de su unidad de composicion, etc., pasa á ser como el espíritu mismo, algo de simple, de amorfo, de inaccesible y de invisible.

Es fácil comprender la consecuencia de todo esto. Puesto el espíritu en presencia de las cosas, el yo, en comunicacion con el no-yo, recibe impresiones é imágenes; ve diferencias, variaciones, analogías, grupos, géneros, especies: fruto todo de su primera percepcion. Pero no pára ahí el Espíritu; si no añadiese algo de su parte, nó sería completa en su pensamiento la representacion de las cosas, careceria de fondo y de perspectiva.

Viendo, pues, esta infinita variedad de las

cosas, variedad tal, que cada cosa parece decir de sí misma que ha podido ser diferente de lo que es, el espíritu, que se siente uno, al contrario de las cosas, concibe la *Unidad*, lo *Idéntico*, lo *Inmutable*, que no aparece en parte alguna.

Observando la contingencia de los fenómenos, concibe el espíritu lo *Necesario*, que tampoco encuentra: ¡feliz si no se le ocurre adorarle bajo el nombre de *Destino*!

Tomando las dimensiones comparativas de los objetos y fijando sus límites, concibe lo *Infinito*, que nada tampoco tiene de real.

Siguiendo, en su conciencia, las revoluciones del tiempo, y midiendo la duración de las existencias, concibe lo *Eterno*, idea que no es aplicable á ninguna cosa, ni á ninguna persona.

Reconociendo la dependencia mútua de las criaturas, se concibe él mismo como superior á las criaturas, y afirma su *Libre Alvedrío* y su *Soberanía*, de que nada puede aún darle idea.

Viendo el movimiento, concibe la *Inercia*,

hipótesis sin realidad; calculando la velocidad, concibe la *Fuerza*, que nunca penetra.

Descubriendo la acción de unos seres sobre los otros, concibe la *Causa*, en la que el análisis no le hace hallar más que una contradicción.

Comparando las facultades de los unos con las propiedades de los otros, concibe la *Vida*, la *Inteligencia*, el *Alma*, y por oposición la *Materia*, la *Muerte*, la *Nada*, que ignorará si son abstracciones ó ficciones.

Clasificando y agrupando las criaturas según sus géneros y especies, concibe lo *Universal*, superior á toda colectividad.

Calculando las relaciones de las cosas, concibe la *Ley*, cuya noción le da inmediatamente la de un *Orden del mundo*, aunque en el mundo haya lucha por todas partes, y de consiguiente tanto desorden como orden.

Reprobando, en fin, según la pureza de su esencia, todo lo que le parece fuera de proporción, pequeño, mezquino, monstruoso, discordante y deforme, concibe lo *Bello* y

lo *Sublime*, en una palabra, lo *Ideal*, que está condenado á perseguir incesantemente sin llegar jamás á gozarlo.

Todas estas concepciones del espíritu, famosas en las áulas bajo el nombre de *categorías*, son indispensables para la comprensión de las cosas; el razonamiento es sin ellas imposible. No resultarían, sin embargo, de la sensación, puesto que, como se ve, van más allá de la sensación, de la imagen percibida, tanto como va más allá de lo finito lo infinito. No tienen de la sensación, sino los diversos puntos de vista que han servido para formarlas antitéticamente: el punto de vista de la diversidad, el punto de vista de la contingencia, el punto de vista del límite, etc. Fuera de eso, las categorías ó concepciones de la razón están todas unas en otras, son adecuadas unas á otras y se implican mutuamente, pues todas invariablemente se refieren, no á las cosas, sino á la esencia del espíritu, que es uno é incorruptible.....

La formación de las categorías ó ideas, concebidas por el espíritu sin ayuda de la

experiencia, pero con ocasión de la experiencia, su arreglo y su clasificación, constituyen lo que se llama *metafísica*. Esta se halla toda en la gramática, y su enseñanza corresponde á los maestros de escuela.

Resulta de la manera como se forman las categorías, y de su empleo en el lenguaje y en las ciencias, que, como signos analíticos ó sintéticos, son esas categorías la condición *sine quâ non* de la palabra y del saber, y forman la instrumentación de la inteligencia; pero que, solas, son estériles, y por consecuencia la metafísica, excluyendo por su naturaleza y su destino todo positivismo, no puede nunca llegar á ser una ciencia.

Toda ciencia es esencialmente metafísica, puesto que toda ciencia generaliza y distingue. Todo hombre que sabe, por poco que sepa, todo hombre que habla, si llega á comprenderse, es metafísico; lo mismo que todo hombre que busca la razón de las cosas es filósofo. La metafísica es lo primero que piensan los niños y los salvajes: hasta se puede decir que en el espíritu de todo hom-

bre, la metafísica está en razón inversa de la ciencia.

¿En virtud de qué fanatismo por la abstracción puede, pues, un hombre llamarse exclusivamente metafísico? ¿cómo en un siglo ilustrado y positivo, existen aún profesores de filosofía pura, gentes que enseñan á la juventud á filosofar fuera de toda ciencia, de toda arte, de toda literatura y de toda industria, gentes, en una palabra, que hacen, lo más concienzudamente del mundo, el oficio de vender lo absoluto?

El que haya comprendido la teoría de la formación de las ideas, y dádose cuenta exacta de estos tres puntos capitales: primero, la intervención de los dos agentes, el sugeto y el objeto, en la formación del conocimiento; segundo, la diferencia de su misión, resultado de la diferencia de su naturaleza; tercero, la distinción de las ideas en dos especies, ideas sensibles, dadas inmediatamente por los objetos, é ideas extrasensibles ó metafísicas, resultado de la acción del espíritu excitado por la contemplación del

mundo exterior; ese, decimos, puede vanagloriarse de haber dado el paso más difícil en filosofía. Se ha libertado del fatalismo y la superstición. Sabe que todas sus ideas son necesariamente posteriores á la experiencia, lo mismo las metafísicas que las sensibles; queda firme y perpétuamente convencido de que, así como la adoración, la profecía, el don de lenguas y de milagros, el sonambulismo, el idealismo subjetivo, objetivo ó absoluto, y todas las prácticas de la alquimia, no han dado á la humanidad indigente una onza de pan, ni creado zapatos, sombreros ni camisas; ni han añadido tampoco una jota al conocimiento. Y deducirá con el gran filósofo Martín, en *Cándido*: « Es menester cultivar nuestro jardín. » El jardín del filósofo es el espectáculo del universo. Comprobad sin cesar vuestras observaciones; ordenad vuestras ideas; haced cuidadosamente vuestros análisis, vuestras recapitulaciones, vuestras conclusiones; sed parcios en conjeturas y en hipótesis; desconfiad de las probabilidades, y sobre todo de las autoridades; no creais á

nadie bajo su palabra, y servios de lo ideal como de un medio de construcción científica y de compulsión, pero sin adorarlo. Los que, en todos tiempos, han intentado separar la ciencia de todo empirismo y elevar el edificio de la filosofía sólo sobre las ideas metafísicas, no han conseguido más que hacerse los plagiarios de la antigua teología. Sus falsificaciones han caído sobre sus cabezas; su trascendentalismo ha arrastrado en su caída lo sobrenatural en que habían creído siempre los pueblos, y han acabado de perder lo que deseaban salvar. Recordad, por fin, que no hay ni ciencia innata ó revelada, ni privilegios innatos ó riqueza caída del cielo; y que, así como todo bienestar debe ser fruto del trabajo, para no ser un robo, todo conocimiento debe serlo del estudio, para no ser falso.

Rafael C. Romero.

VI

La filosofía debe ser esencialmente práctica.

Engañárase gravemente el que imaginara que la filosofía, porque se la define diciendo que es la *Investigación de la razón de las cosas*, no tiene otro fin que hacernos descubrir esa razón, ni más que un objeto exclusivamente especulativo. Ya, al manifestar que sus condiciones son las del sentido común, su certidumbre la misma para todos, sus concepciones más elevadas de igual forma y calidad que sus proposiciones más elementales, tuvimos ocasión de hacer notar su carácter eminentemente positivo, su espíritu de igualdad, su tendencia democrática y anti-mis-